

capaz de ser bueno desde el simple punto de vista natural. Por consiguiente, la humildad es indispensable, aun para llegar á la justicia natural.

Pero lo es con mayor razón cuando se trata de la virtud sobrenatural y de la perfección. La bóveda de la vida sobrenatural se apoya en pilares fundamentales, en la fortaleza de la cruz de Cristo y en la eficacia del Espíritu Santo. Pero sólo el que está profundamente arraigado en la humildad, puede soportar el peso de la cruz y de la vida, vida que debe apropiarse las enseñanzas de la cruz. ⁽¹⁾

Por otra parte, sólo el corazón humilde es capaz de convertirse en templo de Dios. ⁽²⁾ ¿Cómo, pues, el Espíritu Santo se establecerá en un alma que no está vacía de sí misma, y que, por consiguiente, no tiene sitio para Él, ⁽³⁾ en una alma en que no reina la paz como efecto de una sumisión humilde, de suerte tal, que pueda fijarse en ella? ⁽⁴⁾

Vemos por esto que la concepción cristiana de la vida, aun permaneciendo firmemente adherida á lo sobrenatural, es verdaderamente humana.

Cualquiera que sea la insistencia que despliegue en presentar la fe como principio de la vida sobrenatural, y en recomendar al hombre que la forme de acuerdo con las indicaciones y el ideal que le ofrezca su espíritu esclarecido con las luces sobrenaturales, nada le impide reconocer la gran influencia que el corazón ejerce, lo mismo sobre las ideas que sobre las acciones del hombre. De aquí que procure transformarlo de tal suerte, que sea un auxiliar para la práctica de la vida sobrenatural. Sabe muy bien que aun el conocimiento más perfecto no se traduce en actos si así no lo quiere el corazón.

Y sabe aún más. Con la voluntad, comprende el hombre fácilmente, y acepta de buen grado y jovialmente las in-

(1) Paschas. Radbert., *Comment. in Matth.*, 11, 29.

(2) Augustin., *Conf.*, 11, 31, 41.

(3) (Peraldus) Humbert. a Roman., *Spec. relig.*, 4, 14.

(4) Augustin., *Sancta virginit.*, 39, 40.

dicaciones de la inteligencia, y aun las previene. En una palabra, cree sin esfuerzo cuando el corazón está en orden; pero allí donde éste se revela, ya pueden elevar la voz los milagros, las profecías, las pruebas más evidentes, que el hombre no tendrá valor para exclamar: «Creo».

Por consiguiente, la humildad, no sólo es necesaria, á la vez que la fe, para observar sus preceptos, sino que lo es también para aceptar la fe. Porque no sólo hace á ésta fecunda y activa, sino que contribuye á someterle el corazón.

Con razón, pues, se ha dicho que la humildad forma la base de la vida sobrenatural. Pero esto no significa que constituya su fundamento más profundo. Porque éste está formado por la fe, la primera de todas las virtudes sobrenaturales. ⁽¹⁾

Pero la sumisión humilde á Dios hace desaparecer todos los obstáculos que el corazón humano, tan profundamente corrompido por el orgullo, opone, lo mismo á la fe que á las demás virtudes. ⁽²⁾

Luego á la fe corresponde la gloria de elevar el alma á Dios, al sometérsela. Sin embargo, la humildad tiene gran parte en esta empresa.

Estas dos virtudes fundamentales están unidas entre sí como la cabeza y el corazón. La inteligencia ilumina al corazón y lo dirige, y el corazón facilita y hasta toma á su cargo el trabajo de la cabeza. La fe y la humildad están unidas de la misma manera. ⁽³⁾ El orgullo ni siquiera escucha las prescripciones de la fe, ⁽⁴⁾ y le obedece menos todavía. Creer, no es empresa de orgullosos, sino de humildes. ⁽⁵⁾ Creer, sólo quiere decir someter la inteligencia á la verdad sobrenatural. Allí donde no reina la humildad, no hay voluntad, ni inteligencia, ni fuerza para hacer este sacrificio. La fe no arraiga en un corazón orgulloso.

(1) Thomas, 2, 2, q. 4, a. 7.

(2) Thomas, 2, 2, q. 161, a. 5, ad 2.

(3) Augustin., *In Ioan. tr.*, 40, 8.

(4) Augustin., *Sermo* 160, 3.

(5) Augustin., *Sermo* 115, 2.

Muere en él, en tanto que crece en los humildes. ⁽¹⁾ En la atmósfera fría del orgullo, permanece perpetuamente estéril. Plantada en el fértil terreno de la humildad, produce los más maravillosos frutos.

Por consiguiente, ambas virtudes son inseparables. Muchos han tratado de levantar un grandioso edificio, pero por cuanto han empezado sin base sólida, su trabajo se ha hundido lamentablemente.

No ocurre lo mismo con el espíritu del Cristianismo. Ningún arquitecto se ha atrevido aún á construir un edificio más elevado, pero preciso es decir también que jamás un arquitecto ha construído con tanta solidez. La fe inspira al cristiano fuerza y audacia suficientes para elevarse hacia un ideal sublime; la humildad le da solidez y firmeza. Con la fe, se eleva muy por encima de la tierra; con la humildad, permanece siempre arraigado en la realidad de la vida terrestre.

Numerosos son los filósofos que han soñado en una perfección quimérica, porque eran demasiado orgullosos para rebajarse á la miseria y á la vulgaridad de la vida real, y demasiado llenos de sí mismos para creer que, con sus inventos, podían prescindir de las debilidades inherentes á la naturaleza de todo hijo de Adán.

Por lo contrario, la mayor parte de la humanidad se arrastra por el suelo, y no conoce más base que el placer, el honor, los bienes terrenales, que ceden al primer impulso del viento y todo lo sepultan en sus escombros.

Pero el Cristianismo se apoya en la realidad de la vida terrestre, y enseña á sus adeptos á confesar humildemente su fragilidad y su miseria personal, á soportar sus defectos con paciencia y á corregirse en la esperanza de una vida mejor. Con esto, eleva su espíritu y su corazón por medio de la fe, y de este modo, les da una segunda base en el mundo sobrenatural, ⁽²⁾ base que resiste aun á los

(1) Aelred., *In Is. Serm.* 21 (Bibl. P. P. Lugd., XXIII, 53 d).

(2) Augustin., *Sermo* 327, 4; *Ps.* 86, 3; Ambros., *Offic.*, 1, 29, 142. Gregor. Magn., *Mor.*, 16, 15.

más violentos choques de la adversidad, á las olas de las persecuciones y al fuego de la aflicción.

9. La humildad y la generosidad.—Vemos por esto cuán poco conocen la humildad cristiana los que siempre temen que descorazone al hombre y le convierta en pusilánime.

Sí, existe una humildad de esta especie, ó mejor, para hablar con más exactitud, existe cierta cobardía y cierta pereza que procura su justificación apropiándose falsamente el nombre de humildad. Hay también cierta ambición y cierto orgullo que todo lo quisieran hacer por sí solos y que creen poder prescindir de Dios y de los hombres. Pero como los que se sienten atacados por ellos ven diariamente el poco valor personal del hombre, caen en el abatimiento, pierden el valor y cometen un segundo error al considerar este castigo de su presunción como la virtud de la humildad.

Pero no es difícil darse cuenta de que este sentimiento no es de humildad, sino precisamente lo contrario. ⁽¹⁾ En realidad, no es otra cosa que el despecho del amor propio, que no puede tolerar que se haya correspondido tan mal á sus magníficas promesas y á sus grandes designios, ó también la vergüenza de la propia debilidad, que uno hubiera querido ocultarse á sí mismo y á los demás.

De aquí esa amarga y opresora inquietud con respecto á una falta cometida, inquietud que con tanta frecuencia se confunde con el arrepentimiento; de aquí esa exageración en la acusación personal, esa desesperación por no poder jamás mejorarnos.

De aquí el fenómeno de que el orgullo no sea jamás fuerte ni generoso. Considera con demasiado exclusivismo su honor propio, corre demasiado tras las apariencias, y cuenta excesivamente con los intereses inconstantes de las ventajas particulares, para poder olvidarse de sí mismo y sacrificarse.

Pero la generosidad, este ornamento de las demás vir-

(1) Thomas, 2, 2, q. 133. Antonin., 2, 9, 16. Rodríguez, 2, 3, 10.

tudes, ⁽¹⁾ es una virtud que sólo se propone la verdad. Las simples apariencias no le satisfacen nunca. Jamás llama grande á lo pequeño; no se alimenta de vanas ilusiones, de éxitos pasajeros; no quiere tener razón, sino antes bien, obrar. ⁽²⁾

Pero esto es precisamente lo contrario del orgullo. De aquí que éste le sea tan extraño como la mentira lo es á la verdad. Nada tan estrecho como ese falso amor que uno se profesa á sí mismo. Que el mundo entero esté en peligro; que se trate de ganar el cielo ó de perderlo, ¿qué le importa todo esto al orgulloso? No hay más que un reloj, un poste indicador, un móvil en todas sus acciones: su miserable yo. El mundo y todo lo que contiene gira en torno de los mezquinos intereses de este yo. Si ardiese la tierra entera y pudiese él extinguir el incendio con una gota de agua, con la única condición de ennegrecerse un poco las manos; ó bien, si, en lugar de esta gran acción, se le ofreciese la más simple alabanza humana, dejaría tranquilamente que ardiese. Sólo movería un dedo para impedir este cataclismo en la perspectiva de salvar un farrago de cosas inútiles para su uso personal. Pero en vano será buscar en él el olvido de sí mismo, el espíritu de sacrificio, el desinterés y la generosidad.

El hombre humilde hace todo esto. Y hace todavía más, y lo hace por modo completamente natural. Ni siquiera se le ocurre la idea de que, obrando así, realiza algo de extraordinario. Por eso la generosidad brota de la humildad por modo tan natural como la sencillez y la rectitud proceden de la verdad. No hay nadie tan generoso, tan ávido de hacer el bien, tan inagotable en el sacrificio, tan inventivo en los aspectos de la caridad, como el hombre humilde. Jamás piensa en sí mismo. Lo que en los servidores del mundo decide siempre en última instancia, á saber, el juicio de la muchedumbre, el propio honor, la ventaja personal, la satisfacción de las inclinaciones pro-

(1) Thomas, 1, 2, q. 66, a. 4, ad 3; 2, 2, q. 129, a. 4, ad 3.

(2) Thomas, 2, 2, q. 132, a. 2, ad 1, 2.

pias, carece de importancia para él. Lo único que le interesa es la voluntad de Dios y su mayor gloria. Todo lo que brilla fuera de Dios no le conmueve lo más mínimo; pero todo lo que proviene de Dios y conduce á Él, le entusiasma, sin preocuparse de que el esplendor de ello recaiga sobre éste ó aquel. Sólo hay un hombre verdaderamente imparcial, el humilde y desinteresado. Con la sola frase: «Con tal que Jesucristo sea predicado», ⁽¹⁾ evita los escollos de esas pequeñas envidias y de esas discusiones horribles que deslustran con frecuencia á la misma Iglesia de Dios, y que impiden tanto bien. Esta frase, que ni siquiera se le ocurre al egoísta, es para él completamente natural.

Lejos de quedar paralizado por el éxito ajeno, ve, por lo contrario, con alegría lo que su Maestro ejecuta por medio de los otros, como si en ello tuviese también su parte; y lleno entonces de noble emulación, redobla su celo. ⁽²⁾

En ninguna parte encontramos tampoco más valor que en la humildad. No hay nadie á quien las calumnias, las amenazas, las burlas, impidan menos cumplir con su deber que al hombre humilde. No hay nadie en quien las lisonjas y las seducciones produzcan menos efecto que en él. Y si para agradar á Dios y cumplir su misión tiene que abandonarlo todo, lo hace sin esfuerzo, y aun sin sospechar que ha hecho algo de inaudito.

En una palabra, si tiene una necesidad de alguien á quien confiar cualquier asunto, así el más difícil como el más humillante, de alguien que no se espante de ningún sacrificio, de ningún esfuerzo, de ningún sufrimiento, de ningún poder, de alguien á quien pueda uno emplear en trabajos que, como vulgarmente se dice, producen poco, preciso es todavía recurrir al hombre humilde.

Para esto, no es necesario que el humilde posea los dones de un San Pablo, quien «todo lo podía en Aquél que lo fortificaba». ⁽³⁾ Basta el alma más pequeña y débil, con tal que esté bien arraigada en la humildad.

Por eso se ha dicho de Santa Gertrudis: «La virtud que

(1) Phil., I, 18.—(2) Psalm. CXVIII, 63.—(3) Phil., IV, 13.

brillaba en ella por modo particular, era la humildad, este vaso de la gracia, este antemural de todas las virtudes. De tal modo se consideraba indigna de los dones de Dios, que no podía imaginarse haberlos recibido para su propio bien. Considerábase únicamente como un canal misterioso por el cual Dios quería conducir las gracias á sus elegidos. Pero, no obstante creerse tan indigna de los dones de Dios, trabajaba con todas sus fuerzas en emplearlos en provecho del prójimo. Y hacía esto, tanto por fidelidad á Dios, como por humildad para consigo misma, porque estaba convencida de que nadie era tan indigno como ella. Por humildad no vaciló un instante en hallarse dispuesta á recibir todos los dones de Dios y á comunicarlos á los demás, creyendo que estos dones, no tanto eran concedidos á ella, como á los que debían llegar por su mediación». ⁽¹⁾

Vemos, pues, cuán en lo cierto está San Bernardo cuando dice: «Este es el efecto de la gracia divina en los corazones, si no se desalienta la humildad, y si la generosidad no se hace presuntuosa; antes bien, estas dos virtudes obran de concierto, de tal modo que la generosidad favorece á la humildad y recíprocamente. Cuanto más elevados son los dones que encuentran en ellos, mayor es la delicadeza, el temor y la gratitud con que obran con relación al Autor de todo bien. Y cuanto menor es la confianza que tienen en las cosas más pequeñas, con más firmeza creen que la omnipotencia de Dios les hará posibles las cosas más grandes». ⁽²⁾

10. Resultados felices de la humildad.—Y no se engañan. Los que no comprenden este misterio se preguntan por qué el éxito está con tanta frecuencia en contradicción con los dones. Los mayores espíritus se consumen en las continuas labores de una larga vida, casi sin dejar rastro de sus esfuerzos, en tanto que otros, cuya capacidad no podía compararse con la de ellos, triunfan en todas las empresas.

(1) Gertrud., *Legatus divinae pietatis*, 1, 11.

(2) Bernard., *Dom. infra oct. Assumpt. B. M. V.*, 13.

¿Á qué atribuir esto? No al azar, no á injustas preferencias, sino á su fidelidad en las cosas pequeñas y á su humildad: «Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes». ⁽¹⁾

¿Y cómo daría su gracia á los orgullosos? No hallarían éstos puesto alguno para ella en su corazón completamente lleno de sí mismo. ⁽²⁾ Su espíritu no podría reconocer lo que entraña la salvación para él. ⁽³⁾ El orgullo corrompe toda virtud, como el veneno corrompe la leche, ⁽⁴⁾ como el gusano roe el fruto. ⁽⁵⁾ Cada éxito no hace más que ofrecerle nuevo alimento para él mismo, lo que es la muerte de todo bien.

Por lo contrario, Dios puede prestar su brazo á la humildad. Porque en tanto que el orgullo abusa de los dones de Dios para despojar de ellos á Aquél que los distribuye, y para corromperlos, empléalos fielmente la humildad de conformidad con los fines para que son concedidos, á saber, el honor de Dios, la extensión de su reino y la propia santificación.

De aquí los felices resultados y el poder de la humildad. Sus frutos son tan ricos y duraderos porque ella prepara un terreno accesible á la gracia de Dios.

Los santos no se cansan de alabar los frutos benditos de la humildad y sus maravillosos efectos. Dicen de ella que expulsa el pecado, ⁽⁶⁾ que mata las pasiones, ⁽⁷⁾ que abre la puerta á la verdad, ⁽⁸⁾ que conserva ⁽⁹⁾ y aumenta ⁽¹⁰⁾ la gracia, que es la vía que conduce á la caridad, ⁽¹¹⁾ á la vida, ⁽¹²⁾ al cielo ⁽¹³⁾ y á Dios. ⁽¹⁴⁾

(1) I Petr., V, 5.—Jacob., IV, 6.—(2) Bernard., *Cant. cant.*, 54, 10.

(3) Gregor. Magn., *Mor.*, 27, 23, 24.—(4) Petr. Bles., *Sermo* 63.

(5) Macar., *Hom.* 10; Augustin., *Ep.* 211, 6.

(6) Ioan. Climac., *Scala* 26, *schol.* 37.

(7) Ioan. Carpath., *Capita hortat. ex Theodor. Edess.*, 20.

(8) Zachar. Chrysopolit., 2, 67.—(9) Macar., *Hom.* 41.

(10) Macar., *Hom.* 10.

(11) Augustin., *Sancta virginis*, 31; *Trinit.*, 4, 1, 2.

(12) Augustin., *Ps.* 15, 10.

(13) Augustin., *Civ. Dei*, 16, 4.

(14) Augustin., *Conf.*, 4, 12, 19; Bernard., *Cap. ieiun.*, 2, 1.

En una palabra, todas las grandes cosas que pueden producirse en el hombre y por el hombre, ora provengan de su generosidad natural, ora de la gracia de Dios, sólo crecen bajo la protección de la humildad. Pero una vez arraigadas, prosperan admirablemente.

11. Naturaleza de la humildad.—Así, pues, todo el que desee ver bendecidos sus trabajos, todo el que aspire á la verdadera perfección del corazón, hará bien en familiarizarse con la virtud, de la que el mundo habla con tanto desdén, únicamente porque no conoce su poder. Pero ¿cómo podría conocerla, si ni siquiera comprende su naturaleza?

Apenas si hay en la vida moral algo sobre lo cual existan ideas tan poco claras como sobre esta virtud. Y esto no sólo afecta á los que nada quieren tener que ver con ella, sino también á los que la respetan y aun se vanaglorian de poseerla.

Con mucha frecuencia nos figuramos que la humildad consiste en creer que uno no posee nada de bueno en sí. Esto es un grave error. La humildad es la verdad, como el orgullo es el error. Así, pues, la humildad consiste ante todo en aprender á conocerse uno á sí mismo, ⁽¹⁾ y á pensar de sí lo que uno es en realidad. ⁽²⁾ Por consiguiente, no hay humildad en desconocer los dones sobrenaturales que uno posee y las acciones que Dios ha producido por medio de uno, ó en rehusar la empresa á que Dios nos ha destinado. Por lo contrario, la humildad testimonia jovial gratitud á Dios por sus dones, y manifiesta celo desinteresado por las cosas más elevadas á las cuales puede Dios destinarnos, aunque sea la más extraordinaria santidad.

Pero esto no excluye el sentimiento profundo de su debilidad y de su insuficiencia personal. Porque, hecha abstracción de que no nos hemos dado estos dones de Dios, una sincera mirada sobre nosotros mismos nos hace compren-

(1) Augustin, *In Ioan.*, tr. 25, 16.

(2) Basil., *Ep.* 278; Bernard., *De grad. humil.*, 1, 1, 2; Puccini, *Vita S. Magdal. de Pazzis*, 2, 7, 221.

der, para nuestra mayor vergüenza, lo muy poco que los hemos hecho servir para la consecución del fin á que Dios los había destinado, y lo mucho que los hemos corrompido con nuestros pecados y negligencias.

Tal es el primer grado de la humildad: la humildad de la inteligencia. En ella piensa el mundo, si es que, con todo, se digna hacerlo.

Sin embargo, la humildad propiamente dicha no consiste en esto. El conocimiento de la miseria personal puede conciliarse perfectamente con el despecho que uno siente por ella y con el ansia de distinciones, lo cual prueba que la humildad de la inteligencia puede existir perfectamente al lado del orgullo del corazón. Por consiguiente, es por sí misma insuficiente.

La humildad perfecta consiste únicamente en el segundo grado de esta virtud; la humildad de corazón. Ésta proviene de la voluntad, es decir, de la sumisión libre y jovial á Dios. Esta es la humildad de la cual el Salvador nos dió ejemplo, según sus propias palabras. ⁽¹⁾ No podía practicar la humildad de la inteligencia, por cuanto ésta consiste en la consideración de sus propias miserias, y Él no cometió falta alguna. Pero, en cambio, practicó mucho más la humildad de corazón. Jamás quiso mostrar sus dones, sino cuando lo reclamaba la voluntad de su Padre, y aun entonces rehusaba recoger el honor de ellos para su propia persona, ya que sólo se proponía promover el honor de Dios. No se ponía por encima de los que poseían dones inferiores á los suyos; toleraba que no se fijasen en Él y que no se le tributase el honor que le era debido. Aceptaba el último lugar, y, no obstante, se le debía el primero. Honraba y respetaba á todo el mundo, como si fuese inferior á todos.

Quien desee llevar honrosamente el nombre de Cristo, debe imitar este modelo. Sólo es discípulo de Jesucristo y le imita fielmente, quien practica la humildad, y la humildad de la voluntad.

(1) Matth., XI, 29.